

LA CRISIS IRANI Y EL SINDROME DEL VIETNAM

JOAQUIN RABAGO

DIFÍCILMENTE podía imaginarse James Carter que la crisis americano-iraní que se inició con la ocupación de la Embajada estadounidense en Teherán por un grupo de estudiantes islámicos y la toma de rehenes entre su personal diplomático iba a devolverle de pronto una popularidad que, hasta ese momento, estaba por los suelos. El Presidente, que según sus críticos había venido utilizando su sillón como un púlpito para lanzar más o menos cordiales homilias, se veía por fin empujado a tomar medidas políticas: suspensión de las importaciones de petróleo iraní, congelación de los fondos que ese país tiene depositados en Bancos norteamericanos y en algunas de sus filiales europeas; envió a la zona del golfo Pérsico de una poderosa flota hasta reunir allí veintitrés buques de guerra; presiones sobre los aliados europeos y el Japón a fin de conseguir el boicot más completo posible; recurso al Tribunal Internacional de La Haya y convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de la ONU para solicitar sanciones colectivas, como las previstas en el artículo 41 de ese organismo.

Gracias a la crisis, el Presidente salía, al fin, de su larga parálisis, y los Estados Unidos volvían a enseñar los dientes. Los comentaristas se apresuraron a explicar que el país había superado, o estaba a punto de hacerlo, el síndrome del Vietnam. En la América rural y urbana, los ciudadanos se lanzaron a la calle con sus barras y estrellas y sus "posters" del duro John Wayne: el héroe americano por excelencia. Y en todos los clubs rotarios del país, los sanos varones entonaron bien alto el himno de la Unión.

Kennedy calculó mal

En medio de esa pleamar de sentimientos nacionales, el

principal rival de Carter en el campo demócrata, Edward M. Kennedy, iba a cometer, en la primera semana de diciembre, una equivocación indigna de alguien que lleva diecisiete años en el Senado y aspira al sillón de la Casa Blanca.

Estaba el tercero de los Kennedy embarcado en una especie de precampaña electoral por tierras californianas cuando el reportero de una emisora local de televisión le pidió su opinión sobre el depuesto Shah. El senador no titubeó: "Su régimen fue uno de los más crueles en toda la historia de la humanidad". Y, sin duda para ganarse a los votantes de habla hispana —chicanos, en su mayoría— que viven en aquel Estado,

poder traerse a sus mujeres y sus hijos.

La reacción de la prensa a estas declaraciones de Ted Kennedy fue fulminante. ¿Qué podía esperarse de un hombre que en un momento que exigía la máxima unidad nacional —unidad que estaban demostrando los hombres del campo republicano, Reagan a la cabeza de todos ellos, Connally, Bush, Baker— introducía de pronto y del modo más insensato esa cuña de discordia? Para remate, vendría poco después la historia de una supuesta carta de Kennedy a Jomeini, cuyo texto, en apoyo de la revolución islámica, publicó un periódico iraní, y que resultó ser apócrifa.

En cualquier caso, el daño

emocional y, como consecuencia, la capacidad de liderazgo del aspirante. De poco o nada sirvió el que por aquellas mismas fechas parte de la prensa norteamericana informara con detalle de la represión —torturas y asesinatos— practicada durante su gobierno por el Sha Reza Pahlevi, así como del dinero robado a la tesorería: más de veinte mil millones de dólares, dinero canalizado en parte a través de la Fundación Pahlevi, cobertura legal para todo tipo de operaciones ilegales. O de los miles de millones de dólares gastados en la compra del armamento más complejo —tan complejo, que sólo podía ser manejado muchas veces por personal estadounidense altamente especializado— mientras la mayoría del país estaba sumido en la miseria.

De nada sirven este tipo de razonamientos cuando están en juego, como en este caso, las pasiones. En política, ya se sabe, más que tener razón, importa tenerla a tiempo. Tiempo que Kennedy calculó mal, como lo demuestra el hecho de que si hace unos meses casi triplicaba en popularidad a Carter, hoy el Presidente aventaja, según las encuestas, al senador: un 48 por 100 de los demócratas votarían por Carter, frente a un 40 por ciento, que lo haría por Kennedy.

Vuelve el "garrote"

Aunque tarde, y sin duda arrastrado por los acontecimientos, Carter parece haberse adherido a la nueva corriente conservadora del país. Sus promesas electorales las olvidó prácticamente todas. Y en especial la de reducir el presupuesto militar. En las últimas semanas, el Presidente se ha aproximado a las tesis de los "halcones" del Senado,



Manifestación ante la Embajada USA en Teherán, ocupada por los estudiantes islámicos. Cuanto más se ataca a Carter, más aumenta su popularidad —patriotismo obliga— entre los norteamericanos.

Kennedy añadió que en ningún caso podía justificarse el que Norteamérica acogiese sin más a un hombre que ha robado miles de millones de dólares en el Irán mientras que muchos hispanohablantes que habían entrado legalmente en el país se veían obligados a esperar muchas veces hasta nueve años antes de

estaba hecho. Y la prensa trajo otra vez a colación el desgraciado asunto de Chappaquiddick (1) para poner nuevamente en duda la estabili-

(1) Al regresar de una fiesta, en 1969, el coche en que viajaba Ted Kennedy cayó a un canal. En el accidente murió ahogada una amiga del senador. Este no dio parte a la Policía hasta pasadas varias horas.



Ha bastado la crisis iraní para que se desinflara el globo Kennedy. Aunque todavía queda mucha campaña por delante.

que deseaban una elevación del 5 por 100 como mínimo (siempre por encima del nivel de inflación) en el capítulo de defensa. Con el nuevo presupuesto, los Estados Unidos se proponen modernizar su arsenal estratégico y euroestratégico, fortalecer los efectivos de la OTAN y el Pacífico y crear, sobre todo, una fuerza de intervención inmediata (Rapid Deployment Force), especie de cuerpo de reserva con unidades que podrán estar compuestas por un total de hasta 50.000 hombres y que serán aerotransportadas a cualquier zona del globo donde los intereses vitales norteamericanos se consideren en peligro. Todo lo cual exigirá seguramente la construcción de nuevas bases en zonas tercermundistas.

A Carter se le presenta ahora, sin embargo, un problema de desgaste. ¿Cuánto tiempo puede mantenerse esta situación de incertidumbre en relación con los rehenes? Porque algunos comentaristas comienzan ya a quejarse de la lentitud de reacciones

demostrada por el Presidente en toda esta crisis. Así, el influyente George Will, columnista de "Newsweek" y exponente del más pugnaz neconservadurismo, recomendaba hace poco medidas de fuerza tan drásticas como la voladura de la gran presa hidroeléctrica que abastece a Teherán de electricidad, o el bombardeo de la refinería de Abadan y del oleoducto por el que se envía gas natural a la Unión Soviética. Y sin empacho alguno, se adelantaba a toda posible crítica con el argumento de que "lo que el mundo necesita es una demostración de que hay veces que a USA le importa un bledo la opinión general".

No hay, pues, duda de que el síndrome del Vietnam está a punto de superarse. Y del modo más peligroso, a juzgar por comentarios como éste, que encuentran cada vez más eco entre los norteamericanos. El "big stick" (garrote) vuelve a estar de moda. Lo terrible es que estos tiempos ya no son como los de Theodore Roosevelt. ■

YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO DE HISTORIA

Director:

**EDUARDO HARO
TECGLÉN**



En su número 62, especial de TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- 1939-1979: CUARENTA AÑOS DE ESPAÑA, por Eduardo Haro Tecglen.
- FRANCISCO GIRAL, PASADO Y PRESENTE DE LA REPUBLICA, por Luis Méndez Asensio.
- SOCRATES GOMEZ, DE LA DERROTA A LA REPRESION, por Eduardo de Guzmán.
- IGNACIO GALLEGU, EL PAPEL DEL P. C. E., por María Ruipérez.
- JULIAN GORKIN, TESTIMONIO DE UN REVOLUCIONARIO PROFESIONAL, por Victor Claudín.
- JOSE PEIRATS, LA C. N. T. Y LA REVOLUCION SOCIAL, por María Ruipérez y Manuel Pérez Ledesma.
- EUSKADI: 1939-1979. BAJO EL SIGNO DE LA REPRESION, por Juan Aranzadi.
- LA IGLESIA FRANQUISTA, por E. Miret Magdalena.
- CATALUÑA EN LA GUERRA CIVIL, por Eduardo Pons Prades.
- LA NOVELA ESPAÑOLA ENTRE 1939 y 1979, por Joaquín Marco.
- EL PENSAMIENTO ESPAÑOL: 1939-1979, por Joan Castellá-Gassol.
- ESPAÑA 1939-1979: Selección de textos y comentarios a cargo de Fernando Díaz Plaja.
- INTRODUCCION A CUARENTA AÑOS DE ACTIVIDADES ARTISTICAS, por J. Corredor Matheos.
- CUARENTA AÑOS DE CREACION MUSICAL EN ESPAÑA, por Llorenç Barber.
- LA POESIA ESPAÑOLA, DE LA COMBATIVIDAD AL FRACASO, por Eduardo Haro Ibars.
- EL ENTREACTO INFINITO, por Fernando Fernán-Gómez.



- CINE ESPAÑOL (1939-1979): LEYES CONTRA EL TALENTO, por Diego Galán.
- ENCUESTA: OCHO RESPUESTAS SOBRE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: Panayotis Kanellopoulos, Max Gallo, Gabriel Jackson, Usler Pietri, Múgica Láinez, Sábado, Stephen Spender, Gerald Brenan.
- BIBLIOGRAFIA, a cargo de María Ruipérez.
- PORTADA: Cartel, especialmente diseñado para este número, original de Carles Fontseré.

TIEMPO de HISTORIA